

al career la recompensa con que muy pronto va á
premiar tus fatigas el Dios hecho Hombre, que bajo
las especies sacramentales te presente y que de sus
manos va á bajar á tu pecho. Has debido el contagio
administrando los auxilios espirituales á las víctimas de
la epidemia que nos atige. Has estado como buen sol-
dado de Jesucristo en el campo de batalla. Qué dicha
mayor pudiera haber debido al Divino Espíritu que te
aguió durante tu carrera sacerdotal. Recibe mis sine-
ros plácemes, y pide al Señor que los indignos minis-
tros que te rodeamos, podamos merecer igual premio.
Recibe, hermano, el Vistado de Nuestro Señor Jesu-
cristo. *Christe, Propter incensum Dominum, Vestis Vestis*
Christi que te deservat ab hoste indigno et perducit in
eternam gloriam. Amen.
De seguro, te diré una vez más, de seguro no has
olvidado estas palabras dirigidas al sacerdote fel-
luz en la ocasión tan solemne. Ruego al Señor que el fervor con
que otorgas este tu primer sacrificio, te alcance la
gracia de servirle con pureza y con celo, y de lograr
el fin dichoso que no ceso de envidiar á tu consangui-
neo después de seis años, y que á ti también te suguro,
como suprema recompensa, en este día tan santo en
que inmolas por vez primera el Cordero Inmaculado.
El que en el día de hoy se celebra, el día de la
Ascension de Nuestro Señor Jesu-
cristo. *Christe, Propter incensum Dominum, Vestis Vestis*
Christi que te deservat ab hoste indigno et perducit in
eternam gloriam. Amen.



ALOCUCIÓN

PRONUNCIADA AL BENDECIR UN MATRIMONIO CELEBRADO EN LA
CATEDRAL DE SAN LUIS POTOSÍ, EL 28
DE JULIO DE 1898.

ALOCUCIÓN

PROVINCIA DE SAN LUIS POTOSÍ, EL 25

CATEDRAL DE SAN LUIS POTOSÍ, EL 25

DE JULIO DE 1898.



POR qué se riega con flores el Templo y los órganos suenan festivos, y se abren de par en par las puertas para recibir á la desposada, cual si se tratara de algún príncipe de la Iglesia, ó de un sacerdote que va por primera vez á ofrecer el místico sacrificio? ¿Por qué tantos honores á quienes ni son ministros del Altísimo ni aspiran á otra posición que la de simples fieles, ni pretenden subir las gradas del altar? ¿No son, por ventura, estas fiestas resabios del antiguo gentilismo, ó por lo menos un paso hacia el paganismo nuevo hace un siglo iniciado? ¿No es más conforme con el espíritu de nuestra augusta Religión, el que la virgen cristiana corra en silencio á las bodas, huyendo de todo festejo, y substrayéndose á las miradas, aun de sus íntimas amigas y de sus allegados?

¡Ah, no! Muy conforme al espíritu de la Iglesia es este regocijo que estáis presenciando, que se manifiesta bajo todas las formas, y se despliega dentro y fuera del Templo. Digno es el sacerdote de que se le ofrezca el incienso de nuestra veneración y nuestros augurios cuando empieza su evangélico ministerio. Digna es la virgen que á Dios se consagra de que se entonen en su honor harmónicos himnos, el día que corta su cabellera y somete su cuello al dulce yugo del Cordero Inmaculado. Pero también la esposa cristiana es digna de altísimos honores, el día que recibe y administra al propio tiempo el gran sacramento del matrimonio, y dobla la cerviz al blando yugo que en el paraíso forjó Dios mismo, y cuya institución no han alterado ni la culpa de nuestros primeros padres, ni la Redención del género humano.

Sí, jóvenes esposos, sois en este momento sacerdotes que os administráis mutuamente un sacramento, instituido por Dios, ni más ni menos que el bautismo, ó la confirmación, ó la eucaristía. Sois no sólo ministros, sino figura el uno de Cristo, la otra de la Iglesia, emanada de su costado, como Eva salió de la costilla de Adán y amada tiernamente por el Divino Salvador, cuya unión con su mística esposa representa vuestra unión. Y si se entonan himnos de júbilo en derredor del presbítero que no hace más que empezar una larga cadena de funciones sacerdotales, ¿no se deberá solemnizar con mayor intensidad vuestro ministerio de un día? Bautizará el sacerdote durante largos años, sacri-

ficará diariamente al místico Cordero, perdonará sus culpas á mil y mil pecadores, y tiempo sobra para celebrar sus espirituales victorias. Pero vosotros inauguraréis y terminaréis al mismo tiempo vuestro sacerdocio, os administraréis hoy el sacramento del matrimonio, y aquí parará vuestro efímero ministerio.

¿*Ministerio efímero*, he dicho? Ah, no, que el sacramento por vosotros administrado y recibido, y por mis consagradas manos bendito, será el principio de una larga serie de bendiciones y prosperidades para vosotros mismos y para la Iglesia, sea cual fuere la suerte que la inexcrutable Providencia os reserve. Al arrodillaros juntos al pie del altar, y prometeros eterna fe, implícitamente prometéis sempiterna fidelidad á la Iglesia, y le juráis que vuestros hijos serán sus hijos, y que á acrecentar el reino de Dios se dirigen vuestros esfuerzos. Ofrecéis al Señor que le consagraréis vuestra prole desde el primer momento, que la haréis ungir por el Pontífice con el crisma de salvación; que procuraréis que conserve sin mancha su inocencia, pero que si algo la empaña el polvo de la tierra, la llevaréis á lavarse en la Sangre del Cordero, y una vez purificada, á unirse eucarísticamente con su Señor. Le ofrecéis darle también, si El acepta vuestros votos, sacerdotes *in æternum*, según el orden de Melquisedec, vírgenes que se encierren en el cercado huerto del claustro y se sacrifiquen en aras de la caridad, siguiendo el ejemplo de no pocos de vuestros deudos.

¡Ah! No puede llamarse efímero tal ministerio. Re-

sonad, pues; atronadoras campanas; desataos, oh cantores, en dulces himnos al Señor; seguid, oh niñas, regando con flores el camino de la desposada; revístete, oh Templo, de tus mejores galas; llenaos de regocijo cuantos comprendéis la santidad del matrimonio cristiano; reuñíos, oh amigos de los esposos, en ágape fraterna, como aquella que presidió en Caná nuestro dulce Jesús; rogad, oh ministros del Señor, rogad por su felicidad en este mundo y en el siglo venidero.

Nada de esto os libraré de las penas de la vida. Las flores de vuestro camino se convertirán en espinas; á los himnos de gozo sucederán gemidos de dolor, y á los convites y fiestas, largas horas de amarga soledad y desengaños. ¡Bien lo ha enseñado á vuestros padres la triste experiencial! Pero una cosa jamás se trocará, una sola cosa os seguirá en todas las vicisitudes de la vida, rodeándoos exteriormente como nube de incienso circundando vuestras frentes como auréola, sosteniéndoo interiormente con mágica fuerza, alentándoos y animando todo vuestro ser, y es la *gracia del sacramento*. Que llueva sobre vosotros con mis bendiciones como suave rocío, que jamás se empañe ni se mengüe, que reluzca en vuestras almas con creciente fulgor. Doblád vuestras frentes para recibirla, y estrechad vuestras diestras en prenda de la unión de vuestros corazones.



DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL CONGRESO CATÓLICO DE BURGOS

EL 2 DE SEPTIEMBRE DE 1899.